

DERRIBAR LOS AVIONES.

1.

Los días de la depresión y el aislamiento nos rebasan.

Pienso en la acumulación de incertidumbre,

dentro de una forma geométrica, plana, unidimensional

que todos, o la mayoría se ha obstinado en llamar tristeza.

Estoy triste.

Estoy triste como una sombra replegada en el pabellón

de los heridos del mundo,

como una sombra que pensamos luminosa pero que

nos muestra en la oscuridad de su conjunto

una condición natural del ser.

Nos despertamos una mañana antes de lo previsto

para despedirnos de un avión que había sido derribado

al centro de la ciudad.

Tenía información de que eso, solo podía verse en un escenario de guerra. Y sí. Nuestro, oscuro/ pequeño/ y desprovisto escenario, era de guerra. No era necesariamente nuestro sitio favorito pero era un sitio que, al paso de los años, llegaba a ser descifrable.

Podríamos decir cómodo. Podríamos decir, acostumbrado a vernos aparecer en su escenario, y acostumbrado también a vernos desaparecer.

Hemos tenido información de tantas cosas y al final no ha servido más que para poner a prueba la ceguera. Y para confirmarla.

2.

Nos despedimos de ese avión el 17 de diciembre del 2020.

Sabíamos que comenzaban a desmantelarlo y que, a propósito del escenario descrito,

tendría que desaparecer durante los próximos días.

Entramos sin ser vistos. Amanecía en un silencio oscuro.

Amanecía como un desplazamiento sutil, entre la noche

y la noche con ánimo de ser el día.

Era invierno. Después de algún tiempo, volvemos a la noción

de lo que implica que haya sido invierno: Amanece más tarde.

El tiempo cambia en nosotros, como en el resto de los cuerpos

desfavorecidos, a toda escala, en su posibilidad

de habitar el interior de esta aeronave, que al final

como aquí se ha visto, también resultó ser pasajera.

Pasajera de sí misma

y pasajera de nosotros que la llevamos.

Tuvimos deseos de despedirnos de esta máquina

que hoy como nosotros que la hemos perdido, también
fracasa en el propósito que la trajo hasta aquí.

Esto que permanece es el corpus de una maquinaria
agonizante pero viva.

Esto nos devuelve a la idea de paraíso perdido,
recobrado y extinto.

Esto no volverá a volar.

Y no hemos pensado en volverle a reunir.

Y no hemos pensado en velar sus restos si no en revelarlos,
aunque todo lo que se muestra aquí,
tenga rostro de un funeral.

Nos hemos reunido con el propósito de intentar

un pronunciamiento en relación a la pérdida

(La hemos llamado también desaparición)

de esta aeronave y eso no nos sublima ni nos envilece.

Solo nos coloca en una posición quizás incomoda

de haber sido testigos de algo.

Nadie ha dicho que de un crimen.

Para los que nos condenarán por esto, podemos decir

que no nos importan las razones de su olvido, ni su abandono,

ni su incendio, tampoco de que, en la medida que avanza

su desmantelamiento algo de ella misma,

vaya dejando de ser.

No hemos repartido culpabilidades, ni hemos intentando

señalar a nadie, ni a nadie como culpables. Pero esto no surge

del polvo. Esto no surge de la espontaneidad de los incendios,

ni de la credibilidad de las erosiones.

No hablamos de eso.

Podemos incluso, olvidar de que se trata de un avión.

De un objeto material, pues, desprivilegiado. por lo que aquí se ve.

Lo que nos importa es, que sentimos, que de algún modo
parte de nuestras vidas, son desmanteladas como la de él.

La maza vencida de este volumen del despojo, regresa
a una modesta condición que quizá también puede ser incomoda,
pero aceptable por ser frecuente y nítida:

La de un hogar destruido.

Entonces, bajo el amparo de esta metáfora:

Fuimos refugiados/ y desplazados de ese refugio que fue este avión,
y lo sigue siendo hasta sus ultimas consecuencias.

Este avión/ País exiliado en sí mismo. Que nunca perteneció,
y que eso ahora hace más duro tratar de entender cómo llevar su duelo.

El tiempo de ESTAR esa mañana ahí abre otros imaginarios
de la necesidad, del sentido de permanencia y la muerte.

En este desvarío de estar aquí, desprovisto de razones,
cruzamos otros espacios que están lejanos a este sitio,
que no tienen interés en formularse como una solicitud
al tiempo o a la justicia:

TODOS NOS HEMOS SENTIDO DESTROZADOS
COMO ESTE AVIÓN, UNA MAÑANA DE INVIERNO.

Y eso no implica que seamos mejores, ni más explotados
por la insatisfacción y la miseria, ni más dolidos. Ni más dolientes.
Lo único que implica, es que no habíamos sabido, si no hasta esa
mañana como representarlo.

3.

Hoy me debato entre la permanencia y el exilio (Mi cuerpo es víctima de una fuerza
externa no es localizable/ Nociones que se desplazan de manera forzada y nadie
sabe a dónde)

La potencia del YO/ PARADA SOBRE UN AVIÖN opera en la noción de espacio/tiempo libre de impuestos:

Yo soy el avión en ruina/ Yo soy el avión que se incendia/ Yo soy el avión que no vuela: Espacio-No paraíso-Idilio de una pulsión que no cesa hacía de preferir la precariedad: Eternidad. Paisaje. Reparó.

Algo se ha borrado del paisaje. Reparó en eso. La represión sobre ese paisaje no idílico, no permisible, no accesible a cualquiera, a ese espacio cuerpo de metal o diferenciado por zonas naturales de riesgo, es una pulsación persistente.

¿Qué vendrá a estar aquí después del avión? ¿Qué vendrá a estar? ¿Con que intentaran compensar esta pérdida? ¿Este vacío profundo en esta explanada triste de la ciudad? A demás de lo que suponemos, además de lo que es, además del presagio, el castigo, el botín, y el desastre ambiental que se llevaran a la bolsa. Pienso, no lo escribo, no lo digo, solo lo pienso:

Déjenos la miseria. Esta miseria del espacio que ustedes consideran despótica. Déjenos la miseria por que la miseria se dignifica, se vuelve legitima y humana, pero el saqueo y la explotación, no. Dejen la miseria para que el pueblo pueda

refugiarse en su propia miseria. Para que se resguarde. Para que no sea visto. Pero dejen de terminar con el mundo o volverlo una tiniebla.

Imágenes que se derrumban entre ellas mismas, desconsoladas, desvanecidas, yendo a parar a fosas. ¿Hacia dónde nos dirigimos estando aquí? ¿Hacia qué descubrimiento de nosotros mismos?

El avión, ha caído y sabemos por qué. Ha caído a consecuencia de una guerra evidentemente humana y evidentemente política, pero también una guerra que opera sobre el sentido de expropiación a los espacios de la disidencia pacífica que intenta ser ciudadana. Su desaparición nos recuerda que no estaremos por mucho tiempo mirando lo que vemos. Nuestras situaciones límite se potencian y las pocas excusas de anarquía son arriba espoleadas por algo parecido a una nube de plomo que se encarga de borrar las rutas y las coordenadas de encuentro.

En otras palabras: Se desvanece la estructura física del avión, pero también se desvanece el cielo donde volaba ese avión. Y el invierno, sepulta los vestigios de una ciudad, y a nosotros como sus antiguos pasajeros.

No hay nada, ni de cómico, ni de trágico en esto.

Hay tristeza limpia. Inmemorial. Exenta de imagen.

Y hay una mañana que intenta entenderse con el dolor de mirar

y encontrar en él su belleza.

Teatro para el fin del mundo.